

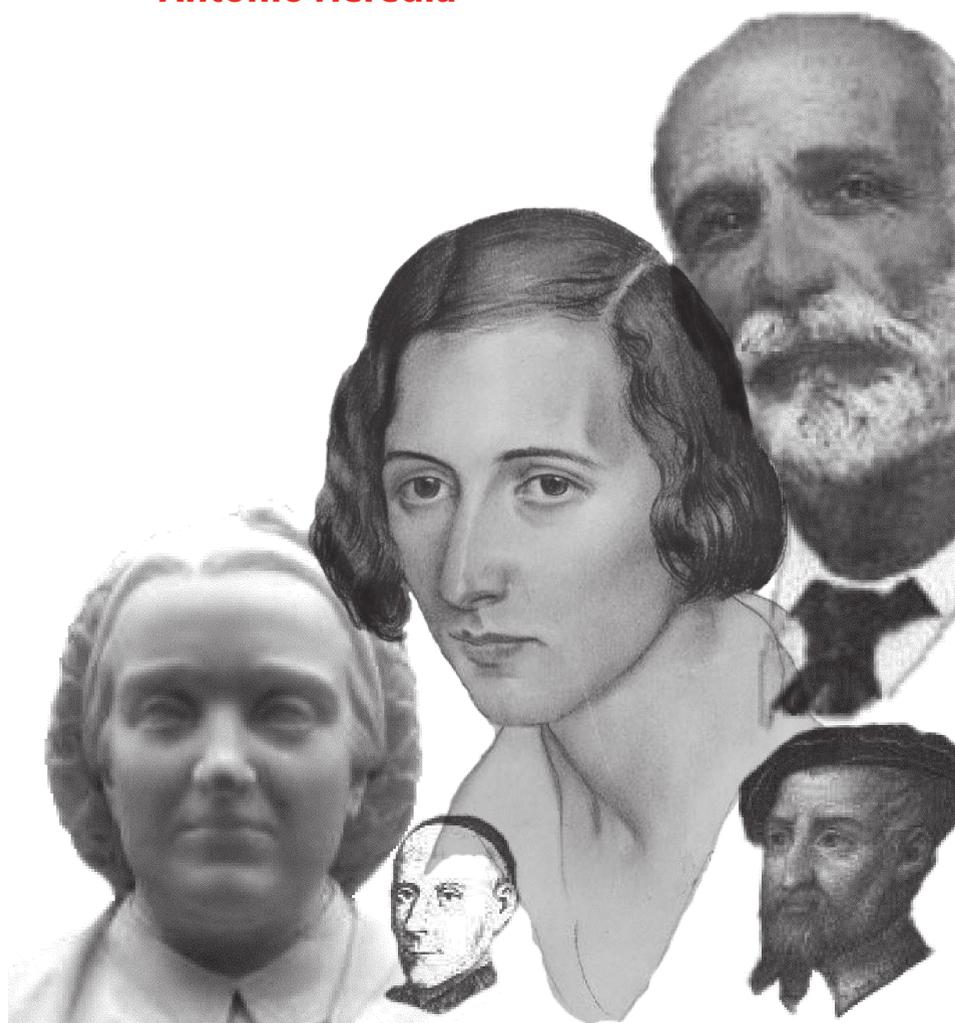


**GUÍA COMARES** *de*

# Historia de la Filosofía Española

Edición

**José Luis Mora**  
**Antonio Heredia**



---

Edición de  
José Luis Mora y Antonio Heredia

**GUÍA COMARES** *de*  
**Historia**  
**de la Filosofía**  
**Española**

Granada  
2 0 2 2

---

COLECCIÓN  
GUÍA COMARES *de*

12

*Director:*

JUAN ANTONIO NICOLÁS  
(jnicolas@ugr.es)

Esta obra ha recibido una  
ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte



Procedencia de las fotografías de portada:

1. Andrés Laguna. Grabado de V. Mariani. Copia del Archivo municipal del Ayuntamiento de Segovia
2. Benito Feijoo. Grabado de Juan Bernabé Palomino. Copia de la Biblioteca Feijoniana
3. Francisco Giner. Pintura al óleo de Juan José Gárate. Copia de la Residencia de Estudiantes.
4. Concepción Arenal. Escultura de Xosé Cid. Destruída hace años, no ha sido repuesta.
5. María Zambrano. Oleo de Gregorio Toledo. Fundación María Zambrano

© Los autores

Editorial Comares, S.L.  
Polígono Juncaril  
C/ Baza, parcela 208  
18220 • Albolote (Granada)  
Tif.: 958 465 382

E-mail: [libreriacomares@comares.com](mailto:libreriacomares@comares.com)

<http://www.comares.com>

<https://www.facebook.com/Comares>

<https://twitter.com/comareseditor>

<https://www.instagram.com/editorialcomares>

ISBN: 978-84-1369-324-8 • Depósito legal: Gr. 167/2022

Fotocomposición, impresión y encuadernación: COMARES

## Sumario

PRESENTACIÓN . . . . .	IX
JOSÉ LUIS MORA	
AGRADECIMIENTOS . . . . .	XXVII
Los coordinadores	
España: la gestación de su identidad histórica . . . . .	1
INÉS FERNÁNDEZ-ORDÓÑEZ	
La cultura de las tres grandes religiones. . . . .	17
RAFAEL RAMÓN GUERRERO	
Bases del humanismo renacentista español . . . . .	33
JAVIER GARCÍA GIBERT	
La Escuela Ibérica de la Paz y el «Nuevo Mundo». . . . .	51
PEDRO CALAFATE	
La vida, el desengaño y el ingenio en el Barroco español . . . . .	69
MIGUEL GRANDE YÁÑEZ	
Política y razón de Estado en el siglo XVII . . . . .	87
PABLO BADILLO O'FARRELL	
De los novatores a Carlos III . . . . .	109
FRANCISCO SÁNCHEZ-BLANCO	
Un camino de la ciencia histórica hispánica en los ss. XVII-XVIII. De la razón de Estado al estado de la Razón. . . . .	127
JOSÉ M. SEVILLA	
Liberales, afrancesados y reaccionarios en el cambio del XVIII al XIX. . . . .	145
FRANCISCO CASTILLA	

Filosofía en tiempos de Romanticismo . . . . .	163
IGNASI ROVIÓ	
Filosofía, ciencias naturales, ciencias sociales y educación en la España del último tercio del siglo XIX . . . . .	183
FERNANDO HERMIDA	
El modernismo hispanoamericano . . . . .	203
STEPHEN ROBERTS	
España y Europa: la Generación de 1914 y sus discípulos . . . . .	219
FRANCISCO JOSÉ MARTÍN	
La filosofía en la España nacionalcatólica (1940-1960) . . . . .	239
GERARDO BOLADO	
Las filosofías del exilio . . . . .	263
ELENA TRAPANESE	
La filosofía de la transición: 1965-2000. La recuperación de las tradiciones españolas en el marco europeo y americano . . . . .	283
ROBERTO ALBARES	
La filosofía en el primer tercio del siglo XXI: experiencia y expecta- tativa . . . . .	303
JOSÉ LUIS VILLACAÑAS	
BIBLIOGRAFÍA . . . . .	325
ÍNDICE ONOMÁSTICO . . . . .	335
LISTADO DE AUTORES . . . . .	361

---

## Presentación

JOSÉ LUIS MORA

*Universidad Autónoma de Madrid*

Ve la luz esta GUÍA cuando la historiografía dedicada a la filosofía española ha alcanzado un grado de madurez reconocida en los ámbitos académicos. Es, lógicamente, heredera de la abundante investigación realizada durante las cuatro o cinco últimas décadas por grupos que han dedicado esfuerzo y dedicación a épocas, temas y autores sobre los que teníamos un conocimiento insuficiente. Su trabajo se ha basado teniendo como referencia parámetros europeos y americanos lo que ha permitido, primero, evitar cualquier tentación nacionalista y, segundo, mostrar la dimensión internacional de autores y temas abordados por la filosofía peninsular. Sin duda, Portugal y la América de lengua española y portuguesa han sido ámbitos privilegiados durante este tiempo. La recuperación progresiva del pensamiento elaborado, tanto por exiliados de 1939 como por quienes se vieron obligados a salir de España en diferentes épocas y por diferentes motivos, ha sido decisiva al mostrar la auténtica dimensión del pensamiento filosófico producido a lo largo de los siglos.

A pesar del tiempo transcurrido, aún resuena la denuncia que hiciera María Zambrano en su lectura de la novela galdosiana *Misericordia* (*Hora de España*, septiembre 1938) a propósito de las consecuencias que ha tenido para la constitución del Estado y la Nación, «una deficiente asimilación del pasado» que ha impedido incorporar la «gran riqueza de ingredientes raciales, religiosos y culturales contenidos en el pueblo español». Aunque incluyéramos en estos momentos alguna matización sobre la retórica empleada por Zambrano en circunstancias bien diferentes a las actuales, se mantiene la vigencia de su análisis cuando señalaba que la «petrificación» de determinadas convicciones, producidas en nuestra historia al confundir valores positivos de nuestro tiempo histórico con su contrario, el que llama «falso tradicionalismo» ha tenido consecuencias muy negativas. Sin

duda, la falta de conocimiento sólido del pasado, sustituido por la «mistificación» que corroe las bases sobre las que ha de construirse la cohesión de una sociedad, ha estado en la base. Aún años después (Revista *Las Españas*, 04, 1948) escribía sobre «El problema de la filosofía española» refiriéndose a dos cualidades que debía de tener «la plena existencia de la Filosofía» y de las que habría carecido en España: vigencia, es decir, «capacidad de vivificar» y continuidad, o sea, constitución de una tradición (palabra bien alejada del tradicionalismo al que antes se refería) que se proyecta sobre la historia, que es un fluir constante. Mas ambas no son dadas, sino que han de ser construidas. En esta tarea puso el mayor interés su maestro José Ortega y Gasset y de él debió de aprenderlo Zambrano. Pero, más aún, no basta con construirlas, han de ser reconocidas. Y eso obliga a mirar a la historia, a estudiarla y no mistificarla por más que José María Jover ya nos advirtiera del recelo con que los españoles nos acercamos a nuestra historia, ante la que hemos sentido, incluso, cierta desidia. A esta actitud se refirió la propia Zambrano en un artículo escrito para *Papel literario*, revista venezolana, a comienzos de los cincuenta, al que puso por título «La desidia ante la historia».

Sin embargo, los historiadores nos insisten. Álvarez Junco lo ha hecho con frecuencia al señalar que una nación no nace, se hace, que las naciones no son otra cosa que su historia y esta es su horizonte de posibilidades al que no pertenece ni la eternidad ni la identidad cerrada como bien sostiene en *Dioses útiles* frente a las actitudes nacionalistas.

Conocer la historia no es, pues, solo un ejercicio erudito, sino fundamentalmente ético. Así lo defendió, hace ya algunos años, Jover Zamora a propósito de una reflexión sobre el 98: «construir una imagen de la historia de España que sirva a los españoles para enriquecer su conciencia histórica y para promover la paz y la esperanza creadora ante el futuro constituye un imperativo ético para los historiadores de este final de milenio» (*Babelia*, 30 de mayo de 1998). Este proceso requiere constancia y rigor, para poder desmontar tópicos que se han ido petrificando y hasta «cadaverizando», según el descalificativo que llegó a usar Zambrano, para juzgar sus efectos. Unos se han asentado en esencialismos de naturaleza religiosa; otros han sido construidos sobre bases naturalistas, supuestamente científicas, como ha sucedido, por ejemplo, con algunos que hemos heredado de pensadores señeros del siglo XVIII; no han faltado los más radicales, fomentados por la teoría de los caracteres nacionales que tuvieron su desarrollo en las postrimerías del XIX y luego se han prolongado. Si bien el artículo de J.A. Maravall, «Sobre el mito de los caracteres nacionales» (*Revista de Occidente*, 1963) cumplirá pronto sesenta años, sabemos que el componente emocional los hace muy resistentes a su desaparición

real. Algunos de los relatos nacieron fuera de España; otros han sido asumidos por las propias élites que han adoptado, en sus juicios, un dudoso equilibrio entre su pertenencia a la sociedad sobre la que hacían recaer una y mil deficiencias y un suficiente distanciamiento que les permitiera estar libres de las mismas.

En fin, no hace falta insistir más en este punto. No ha habido revista, cuadernillo o suplemento que no haya dedicado, en uno u otro momento, un monográfico a pensar sobre el «problema» de España, sus males y los dolores que aquellos producían. Y a comentar las supuestas meditaciones previamente mantenidas por otros, en tiempos anteriores a los propios. Ya sabemos que los relatos se incorporan a la historia como una parte de la misma. La culminación se ha centrado en la famosa leyenda negra, término que parece atribuirse a doña Emilia Pardo Bazán pero que se asocia, sobre todo, con Julián Juderías (1914) quien subtítulo su libro como «Estudios acerca del concepto de España en el extranjero», pero no dudó en dedicar el libro IV al «Estudio de la influencia que ha ejercido la leyenda negra sobre el espíritu de los españoles». María José Villaverde y Francisco Castilla han reunido, recientemente, un buen número de análisis rigurosos en *La sombra de la leyenda negra* (2016) sobre la actualidad de este asunto que «resucita» cíclicamente. José Luis Villacañas, por su parte, ha salido al quite del famoso ensayo de Elvira Roca, *Imperiofobia y leyenda negra* (2016), con *Imperiofilia y el populismo nacional católico* (2019) pero los ecos llegan al libro *Fracasología* (Roca Barea, 2019) y, al parecer, al nacimiento de la Fundación Civilización Hispánica (2018) cuya finalidad sería «lavar la historia de España».

Sirvan estas referencias aquí, solo para mostrar la supervivencia de algunos problemas arrastrados desde el siglo XIX, que lastraron, o condicionaron, los primeros intentos de construir una historia de la filosofía española, que aún lo hicieron, aunque de manera diferente, en los inicios de los años setenta del pasado siglo y de los que desea estar libre esta GUÍA, no porque los ignore sino porque se sitúa en ese plano de madurez historiográfica que excluye las polémicas y trata de mostrar lo hecho y las propuestas que habrán de constituir el futuro más inmediato.

Fue hacia mediados de los años cincuenta del siglo XIX, con el eco de la que Antonio Heredia ha nombrado como segunda polémica (la primera habría sido la promovida, seguramente a su pesar, por Masson de Morvilliers, 1782). Fue mantenida por Juan Miguel Sánchez de la Campa, el catedrático de matemáticas que ejerció en varios institutos de enseñanza media y en la que, más tarde, terció el bejarano Nicomedes Martín Mateos. Daría carta de naturaleza a dos modelos de racionalidad: la *histórica*, que parte no tanto de la filosofía cuanto del hombre que filosofa, y la *sistemática*, que responde a un modelo

pretendidamente universal. Fue justo por esos mismos años, 1856, cuando Gumersindo Laverde propondría la necesidad de elaborar una historia de la filosofía española. Su propuesta salió publicada en *El Diario Español Político y Literario* y poco después en la *Revista de Instrucción Pública, Literatura y Ciencias* con el título «De la filosofía en España».

Poco después, fue el propio Valera quien, en 1862 y en el Congreso, criticó al marqués de Corvera por no proponer una materia que tuviera por título *Historia de la filosofía y de la ciencia en España*. «Si este libro no está escrito -afirmó-, debiera escribirse, excitándose a ello por la Academia de Ciencias Morales y Políticas que ofreciera un premio conveniente en vez de premios de 8.000 reales con los cuales sólo puede exigirse que se escriban memorias y cosas ligeras».

Bien conocidos son los términos por los que transcurrió la que se conoce como polémica de 1876, provocada a su pesar por Gumersindo de Azcárate y de la que fueron protagonistas principales Marcelino Menéndez Pelayo y Manuel de la Revilla, luego apoyado por José del Perojo, con los neoescolásticos al fondo. Lo que nos importa ahora es que ahí nació el *Inventario bibliográfico de la ciencia española*, de la mano de un joven que llegaría a ser gran historiador, Menéndez Pelayo. Pero también ahí se atomizaron dos actitudes, como ha denunciado Diego Núñez (*Boletín de la Asociación de Hispanismo Filosófico*, 4, 1992). «Uno de los rasgos más significativos de la historia intelectual de la España contemporánea -comenzaba el editorial de ese número del *Boletín*- estriba sin duda en la creciente ideologización que se instala en nuestro pensamiento a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Se trata de un fenómeno generalizado, que impregna casi todas las manifestaciones de la vida cultural y científica y que bloquea en buena medida el adecuado trato con las ideas». Mientras los tradicionalistas se empeñaban en «la defensa de las instituciones políticas del Antiguo Régimen» (...) «los liberales, por su parte, se dedicaron con parejo afán a descalificar globalmente ese pasado sin detenerse a estudiarlo con seriedad». Esta polarización habría desvirtuado los esfuerzos del *Inventario* por su carácter apologético y, en definitiva, concluía el profesor Diego Núñez, «la víctima principal de este clima de ideologización y despropósito ha sido la propia Historia del pensamiento español». Lo que proponía a la altura de 1992 era justamente la superación de esa «resaca ideológica» de las polémicas y abordar el estudio del pasado filosófico «con las herramientas que los modernos saberes históricos nos proporcionan».

Aun así, ha terminado por ser reconocido el esfuerzo que como historiador realizó Marcelino Menéndez Pelayo en el estudio de muchos nombres que permanecían en silencio. La propia María Zambrano dedicó en *Delirio y destino* un párrafo a señalar la necesidad que

la historia de España tenía de recuperar a los «heterodoxos», «pues llegar a entenderlos -sostenía- sería desentrañar la historia de España». De aquel impulso fueron herederos el Centro de Estudios Históricos y la *Historia de la Filosofía Española* de Adolfo Bonilla San Martín que estaba pensada en seis volúmenes que no llegó a completar. Al presentar el primero, en 1908, no dudó en sostener que emprendía una obra «intentada por algunos, discutida por muchos, y no realizada hasta el presente por ninguno». Algo después vio la luz *La cultura filosófica en España* (1916), de José Ingenieros y la *Historia de la Filosofía en España hasta el siglo XX* (1925-1926), de Méndez Bejarano, que cerraba la presentación refugiándose «en el verso de un gran poeta: *El intentarlo solo es heroísmo*». Eran los años en que José Ortega y Gasset iniciaba un proyecto que contribuyera a dotar a la filosofía de una posición institucional sólida; al tiempo, hacían lo propio Joaquín Xirau y Jaime Serra Hünter en Barcelona. Ambos proyectos, herederos del impulso institucionista, con pequeños matices convergieron en la potenciación de la enseñanza y en un diseño sólido de la Facultad de Filosofía como un proyecto nacional.

Habríamos de llegar a los volúmenes editados por la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias: los tres de Marcial Solana dedicados al Renacimiento: *Historia de la Filosofía española. Época del Renacimiento (siglo XVI)* a comienzos de los cuarenta; a los dos de los hermanos Tomás y Joaquín Carreras Artau, *Historia de la filosofía española. Filosofía cristiana de los siglos XIII al XV* (1939-1943) y los dos de Miguel Cruz Hernández, *Historia de la Filosofía Española. Filosofía Hispano-musulmana* (1957). Poco antes veía la luz el *Bosquejo de Historia de la Filosofía Española* (1954) de Luis Martínez Gómez, publicado como apéndice a la *Historia de la Filosofía* de J. Hirschberger. Dos años después editaba Alain Guy en Toulouse, *Les philosophes espagnols d'hier et d'aujourd'hui* (1956). Años más tarde salía en Munich la *Geschichte der Philosophie im Spanischen Kulturbereich* (1967) de I. Höllhuber. Llegaron luego la *Historia de la Filosofía Española* (1971-1972) de Guillermo Fraile, revisada y ultimada por Teófilo Urdánóz y *El pensamiento español. De Séneca a Zubiri* (1977), de J.L. Abellán y L. Martínez Gómez. De esos años sabemos que fueron también los proyectos dirigidos por José Gaos en México: los de Olga Quiroz-Martínez (1949) sobre «La introducción de la Filosofía Moderna en España» y de Carmen Rovira sobre «Los eclécticos portugueses y algunas de sus influencias en América» (1955), que eran realmente pioneros, pero no llegaron a ser conocidos en España hasta bastantes años después. Recordemos que el libro de J.M. López Piñero, *La introducción de la ciencia moderna en España* (Barcelona, Ariel), es ya de 1969. En América publicaron también, en esos años, el español Luis Araquistáin, *El pensamiento*

*español contemporáneo* (Buenos Aires, 1962), y el uruguayo Arturo Ardao, *Filosofía en lengua española* (Montevideo, 1963).

Fue hacia los años sesenta cuando se produjo un recodo en el camino impulsado por el desarrollo de las ciencias sociales que iban retomando autonomía de la filosofía; debido también al propio impulso de la historiografía general; y a los primeros contactos más sólidos con pensadores exiliados al final de la guerra con la mediación de revistas como *Ínsula* que estaba asociada a una librería importadora de libros y era lugar de encuentro de hispanistas; luego *Cuadernos para el diálogo* y otras, a las que se iban sumando las editadas en el exilio; los intercambios más frecuentes con universidades europeas y algunas americanas y otras condiciones fueron favoreciendo la necesidad de revisar la historia de la filosofía española.

De 1973 fue el «Congreso de filósofos jóvenes», celebrado en Santiago de Compostela bajo el tema: «La filosofía española en la actualidad». De este congreso dieron cuenta ya revistas como *Cuadernos Salmantinos de Filosofía* y *Zona abierta*. Pocos años después (1976) quedaría constituida la Sociedad Española de Historia de las Ciencias cuyos preparativos venían de años anteriores y que tanta influencia habría de tener como catalizadora de una zona fronteriza y muy sensible a la propia filosofía. Así pues, el cambio de condiciones se produjo en los sesenta, los que se conocen como del desarrollismo o la tecnocracia y se materializó en los setenta tras la Ley General de Educación (1970) que impulsó los estudios universitarios.

Sin embargo, la primera opción de los nacidos después de la guerra, como ha señalado Reyes Mate, fue salir a Europa «en busca de lo que aquí no hay, pero no escapan a la maldición de la guerra. Quiero decir lo siguiente: se integraron tanto en el pensamiento que encontraron en las universidades francesas, alemanas o británicas que se incapacitaron para pensar la realidad española». Esa generación que a partir de los años setenta ocupa el centro de la actividad académica, se familiariza de nuevo con las corrientes europeas» (*Arbor*, 2008). Ridruejo recordaba algo similar en sus *Casi unas Memorias*: «Los jóvenes escritores comenzaron a viajar hacia 1950 y volvieron de sus viajes, críticos y seguros con su nuevo bagaje. Puede decirse que el movimiento intelectual se ha hecho ya más de la época que de la nación y ello es, en muchos modos, saludable. Nuestros abuelos del 98 estuvieron tanto en la nación como en la edad. Sus hijos y nietos vanguardistas se inclinaron de preferencia por la segunda dimensión» (2007, preparadas sobre textos de los setenta).

Fueron, pues, grupos minoritarios, no precisamente los que «ocupaban el centro de la actividad académica» los que refundaron la historiografía de la filosofía española hasta consolidarla en las décadas de los setenta y ochenta siguiendo un proceso lento pero continuado

de desideologización. Sobre este periodo hay trabajos bien conocidos que hacen innecesario incidir aquí con detalles acerca de la génesis que siguieron quienes retomaron la necesidad de historiar la filosofía española en línea con lo manifestado por el profesor Diego Núñez, mencionado anteriormente. Sí se hace necesario recordar algunos nombres. José Luis Abellán, en la Universidad Complutense, fue autor de un libro importante por el momento en que fue publicado, precisamente en la editorial de Cuadernos para el diálogo, *La cultura en España (ensayo para un diagnóstico)* (1971), un mapa de situación que recuperaba los nombres de las ricas tradiciones anteriores a la guerra civil y sus principales nombres, incluidos los principales del exilio que había estudiado algunos años antes, las distintas disciplinas filosóficas y las más próximas a la propia filosofía y no olvidaba dedicar un capítulo a Hispanoamérica. Era una declaración de intenciones que, como es sabido, se materializaría años después con la publicación del primero de los volúmenes de la *Historia crítica del pensamiento español* (1979), hasta completar, en la década siguiente, los cinco distribuidos en siete tomos que componen la obra.

En la recién estrenada Universidad Autónoma de Madrid, a finales de los sesenta, Diego Núñez y Pedro Ribas defendieron la necesidad de que el plan de estudios de Filosofía incorporara una materia de historia del pensamiento español a la manera en que los historiadores de la ciencia de la Universidad de Valencia habían comenzado a desarrollar. *La mentalidad positiva en España* (1973) y sus trabajos sobre el darwinismo en España, del profesor Diego Núñez; «Unamuno y la filosofía alemana» (1972), tesis defendida por Pedro Ribas, incorporada a varios de sus libros, principalmente a *Unamuno. El vasco universal* (2015), junto con *Escritos socialistas: artículos inéditos sobre el socialismo 1894-1922* (1976) y *La introducción del marxismo en España (1869-1939)* (1981) marcaron la línea historiográfica en esta universidad.

El tercero de los grupos se conformó en la Universidad de Salamanca, en la cual, bajo la influencia de Miguel Cruz Hernández, autor de varios libros sobre *Filosofía musulmana* (1957), *Filosofía árabe* (1963) hasta su *Historia del pensamiento en el mundo islámico* (1981), jóvenes investigadores comenzaron a realizar sus tesis sobre pensadores liberales del XIX español, sobre el Renacimiento y otros periodos de la historia de España. Fue el caldo de cultivo que facilitó la implantación de una materia de Historia de la Filosofía Española en la reciente licenciatura de Filosofía. Antonio Heredia realizó su tesis sobre quien había sido uno de los presidentes de la I República Española, Nicolás Salmerón. Sería quien recogiera este legado, realimentado por la presencia del hispanista tolosano Alain Guy como estudioso de la tradición salmantina, la recién creada re-

vista *Cuadernos salmantinos de Filosofía* (1975) y la herencia de los estudios que sobre Historia de la Filosofía Española venía impartiendo la Universidad Pontificia. El proyecto tomó forma bajo la denominación de Seminario de Historia de la Filosofía Española (diez años después incorporaría la denominación de «e Iberoamericana») en la primavera de 1978 y a él se sumaron desde el inicio hispanistas de diversos países europeos y de Estados Unidos, así como profesores de universidades de la América Española, Portugal y Japón. Diez y ocho son las sesiones celebradas hasta el presente (2018) y cerca de siete mil páginas publicadas que cubren estudios sobre ámbitos geográficos, épocas históricas, autores, disciplinas, recepciones y préstamos interculturales, cuestiones doctrinales hasta conformar un mapa exhaustivo de lo investigado durante estos años. El «Seminario salmantino» ha sido, además, lugar de encuentro, de diálogo y de conformación de grupos de investigación hasta constituirse en uno de los centros bien reconocibles de la investigación historiográfica de este campo de conocimiento.

Otros grupos de carácter regional se conformaron en esos años. Así en Galicia con José Luis Barreiro; en Deusto, con Carlos Beorlegui; en Barcelona (UB), con Eudaldo Forment, J. M.<sup>a</sup> Romero Baró, F. López Frías, Misericordia Anglès y la revista *Convivium*; en la Islas Baleares, con Trias Mercant; en la Universidad de Granada, con Pedro Cerezo y Juan Francisco García Casanova, quien trabajó sobre la recepción de Hegel en España; en Sevilla, con Jesús Arellano y sus continuadores José Villalobos, José Manuel Sevilla, Pablo Badillo... Y junto a las Facultades, Institutos universitarios, Fundaciones que preservaban el legado de pensadores reconocidos, editoriales e iniciativas de diverso signo conformaron un marco que ha impulsado en los treinta últimos años un proceso de institucionalización y de investigación de la historia de la filosofía española hoy plenamente reconocible como decíamos al comienzo.

En 1980 apareció el primer volumen de *Hombres y documentos de la filosofía española*, de Gonzalo Díaz, hasta los siete (2003) que se están completando con tres volúmenes más como addenda. Se trata de un diccionario de consulta imprescindible al incluir nombres que conforman el tejido filosófico de un país en niveles intermedios del mismo, aparte de atender a quienes han tenido posiciones más relevantes. En 1992 se inició la edición de la *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía* (1992-2017), impulsada en España por el CSIC, especialmente por el profesor Reyes Mate, en colaboración con diversas instituciones de América en torno a la idea de «pensar en español», una magna obra en 32 volúmenes (el último doble); el *Proyecto Filosofía en español* de la Fundación Gustavo Bueno en Oviedo, nacido a partir de 1995, ha creado una base de datos de referencia; lo mismo

puede decirse de la Biblioteca Saavedra Fajardo de Pensamiento Político Hispánico, nacida con el siglo (2001), de referencia igualmente en este ámbito; también la Fundación Ignacio de Larramendi cuyos orígenes se remontan a mediados de los años ochenta pero que ha dado un salto cualitativo en los últimos años con su biblioteca virtual de polígrafos ([www.larramendi.es](http://www.larramendi.es)). Progresivamente las Comunidades Autónomas, la BNE y la propia Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes ([www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)) han proporcionado un bagaje al servicio del investigador que ha llenado el vacío o semivacío sobre el que se operaba hace pocas décadas. Al tiempo, los estudios sobre el exilio han recibido un fuerte empuje en los últimos veinte años, desde la timidez inicial. Ello permite un conocimiento más extenso de las biografías de quienes se vieron obligados a salir de España y de sus obras y, lo que es más importante, su incorporación al pensamiento español como puente con América y otros países.

En definitiva, aquel esfuerzo que realizaron grupos determinados en los años setenta y ochenta del siglo pasado, ha propiciado un marco institucional que ha servido para el desarrollo de la investigación historiográfica desde dentro, en un proceso bien visible de desideologización y ajeno a las viejas polémicas decimonónicas cuyos ecos se habían prolongado en el tiempo. Se han incorporado investigadores más jóvenes y se han acercado otros de disciplinas afines hasta favorecer un número muy importante de tesis doctorales, monografías, estudios de épocas que habían merecido poca atención (p.e. los siglos XVI y XVIII) y que hoy son plenamente reconocidos. Y, al mismo tiempo, se ha completado el estudio de tradiciones y figuras cuyo conocimiento era, también, insuficiente. Y, finalmente, se han publicado Obras Completas de los principales autores. Por supuesto, la enseñanza reglada de materias de historia de la filosofía española e iberoamericana y la implantación de estudios de posgrado ha contribuido de manera decisiva a la maduración de este proceso.

Esta GUÍA ve la luz, pues, en un buen momento y, sin ser un manual, recoge gran parte de la experiencia acumulada durante estas dos o tres últimas décadas ya que ofrece al lector un trazado de nuestra historia riguroso y sencillo, mostrando los temas y los autores que han sido nucleares en cada periodo hasta completar un recorrido que permita un conocimiento objetivo de las tradiciones que han conformado la realidad nacional que hoy conocemos como España, sin olvidar sus múltiples conexiones a lo largo de los siglos y las propuestas de futuro que nuestro tiempo exige.

La componen diecisiete capítulos que están a cargo de investigadores de muy probada experiencia en sus respectivos campos. Se completa con una bibliografía que incluye las principales obras generales y las bases de datos más importantes.

Dos son los capítulos dedicados a la Edad Media. Del primero es autora la catedrática de la Universidad Autónoma de Madrid, miembro de la Real Academia de la Lengua, Inés Fernández-Ordóñez. Su estudio está dedicado a responder a la pregunta «¿Qué significaba España en el mundo tardo antiguo y medieval?» Las respuestas siguen el orden de la historia: desde el reconocimiento del espacio geográfico, pasando por el espacio político hasta la conformación de distintas tradiciones: la isidoriana, la mozárabe, el que denomina *tour de force* castellano del siglo XIII con la importancia que adquiere la figura de Alfonso X, y la que conformaron, no sin oposición, Navarra y Aragón. Lógicamente los nombres que pusieron su impronta y la importancia que tuvo la primera *Estoria de España* están estudiados con detalle. La última parte está dedicada a los discursos identitarios y su alcance en la transición hacia la Edad Moderna. Es un estudio que atiende por igual a los aspectos filológicos y a los históricos en la conformación inicial de la realidad social que hemos terminado por reconocer como España.

Rafael Ramón Guerrero, catedrático de la Universidad Complutense de Madrid, dedica su estudio a precisar el papel desempeñado por las tres religiones que configuraron, a su vez, tres culturas en la península ibérica. Con detenimiento expone las raíces de cada una de estas religiones, sus propias características por el orden de su presencia en la península y el desarrollo que tuvieron en sus recíprocas relaciones, coexistiendo en los mismos espacios geográficos. Los principales autores, las obras de referencia y la secuencia seguida conformaron, hasta comienzos del XV, una realidad cultural que desmiente los tópicos que suelen proyectarse sobre la Edad Media y a los cuales hace alusión en el inicio del capítulo. La inconsistencia de los mismos queda probada con información histórica minuciosa y detallada de un muy largo y complejo periodo que ha costado comprender y, sin embargo, sabemos que fue clave por su proyección en los siglos posteriores.

Dos son también los capítulos dedicados al periodo renacentista que coincidiría básicamente con el siglo XVI. Javier García Gibert, muchos años profesor de Enseñanza Secundaria y de la Universidad de Valencia, ha estudiado con mucho detenimiento el humanismo español, su periodo precursor en el XV y las características que adquirió en el XVI tras el regreso de Nebrija de Italia y la traducción de la Biblia Políglota. «Siempre ligado naturalmente a las necesidades humanas —señala—, y también a los sucesos y acontecimientos inmediatos», el humanismo peninsular centró sus intereses sobre el saber, la ciencia, la política y la moral manteniendo el equilibrio entre la cultura «cultura» y la popular con un sentido práctico. El profesor García Gibert sitúa con precisión los principales nombres y las obras de referencia,

los que llama «pilares básicos» del humanismo y su relación con la Contrarreforma para ofrecer al lector un perfil ajustado de las características de un tiempo enormemente rico.

Completa el estudio del *xvi*, con una cierta proyección sobre el *xvii*, el catedrático de la Universidad de Lisboa, Pedro Calafate, conservando el título de la expresión que él ha acuñado como «Escuela Ibérica de la Paz». Sin duda, el estudio de esta Escuela ha sido especialmente relevante en los últimos años, coincidiendo con el acrecentamiento de las relaciones entre los países peninsulares y la América de lengua española y portuguesa. Era, pues, preciso que este capítulo se abordara en el marco de la unidad peninsular pues dominicos y jesuitas intercambiaban universidades y proyectaron sus enseñanzas a universidades de la Nueva España y Brasil. Sobre el primado de la paz y el concepto de comunidad se plantearon cuestiones como el dominio, la guerra justa, el derecho de propiedad, la esclavitud, el poder del papa y el emperador y fueron abordados por teólogos españoles y portugueses que hoy son reconocidos como pioneros en el derecho internacional moderno o derecho de gentes. El profesor Calafate aborda con detalle las posiciones que adoptaron estos clérigos, expone con detalle nombres y obras y cómo mantuvieron sus convicciones de forma valiente frente al poder.

Al *siglo xvii* dedica esta GUÍA también dos capítulos. El primero lo desarrolla Miguel Grande, profesor en la Universidad Pontificia Comillas, sobre la base del análisis de dos conceptos clave: el desengaño y el ingenio a los que dedica la primera parte. Ambos están en la base de la que conocemos como mentalidad barroca, revulsivo profundo de la racionalidad clásica que puso la vida como centro de los intereses del hombre al verse obligado a superar su inseguridad y ante la necesidad de responder a una multiplicidad de situaciones. El ingenio era esa capacidad creativa que podía desentrañar los «enigmas» del mundo y ayudar a reconstruir la unidad sin negar la dimensión trascendente del ser humano. La segunda parte la dedica el profesor Grande a desarrollar más pormenorizadamente estos conceptos en los autores principales: Cervantes, Calderón de la Barca, Gracián y Quevedo para mostrar un vasto mosaico de matices capaces de abarcar todas las dimensiones de la existencia.

El profesor Pablo Badillo, catedrático de la Universidad de Sevilla, dedica su capítulo a un tema capital del *siglo xvii*, si bien heredado del anterior: la «Razón de Estado», que se manifiesta en este tiempo como la escisión de la ética y la política. Por ello, era obligado dedicar este apartado a la recepción del pensamiento de Maquiavelo en España que el profesor Badillo realiza con detenimiento, mostrando las dos caras: una difusión sin problemas a la que siguió la descalificación de su doctrina. Esto obligaría a apoyarse en mediadores del pensador

florentino y a un alambicado ejercicio que recibió el nombre de «tacticismo», que, si bien sustentaba ya la idea de una ciencia política, se libraba de ser sospechosa. La Contrarreforma es el trasfondo de todo este proceso complejo de aplicación de la idea moderna de política y a estas relaciones se dedica un largo epígrafe dando cuenta de los nombres y obras que trataron de compatibilizar la visión católica de la política con las nuevas ideas. Por ello adquiere especial relevancia el último apartado dedicado a «Simulación, disimulación y prudencia en la razón de Estado», este ejercicio que apoya una práctica sin poner en cuestión los principios en que debería sustentarse, cuando se toma conciencia de que el Estado era ya una realidad política que había adquirido su propia lógica.

El profesor Francisco Sánchez-Blanco, sevillano de nacimiento, alemán de acogida, profesor en la Universidad de Bochum, ha dedicado una buena parte de su investigación al periodo que cruza el final del siglo XVII con la primera mitad del siglo XVIII. Ha sido este periodo tardíamente estudiado, pero hoy es bien conocido cuya influencia en la constitución de la Ilustración es innegable. El capítulo desarrolla con detalle los nombres, de Cabriada a Feijoo, y obras que iniciaron el viraje hacia los presupuestos de la ciencia experimental con las consecuencias conceptuales que esto traía: escepticismo, eclecticismo, atomismo...

Sin duda, la recepción del sensismo fue clave para consolidar este giro, tanto en las ciencias naturales facilitando la institucionalización de la ciencia como al favorecer unas prácticas nuevas en las actividades comerciales, en la educación, en el cultivo de la estética y, en general, en toda la actividad social. Cómo afectó esto al derecho natural, a la actividad política y a la creación de la «opinión pública» con el nacimiento de los primeros periódicos es expuesto con detalle para ofrecer una visión precisa de cómo fue el siglo XVIII español que hasta hace no mucho apenas merecía atención, con las graves consecuencias que ello ha tenido para la filosofía y para la construcción de la nación.

Casi simultáneamente, este proceso de carácter natural produjo «en el mundo humano o civil o histórico» otro similar que fue tomando forma en el concepto de progreso de la humanidad que estaría dotado de su propia racionalidad. Sobre los cambios acaecidos en el ámbito de las ciencias naturales nacía también una profunda renovación en la explicación del mundo social. La toma de conciencia de la dimensión histórica del ser humano terminó de fraguarse en este periodo y su proyección ha sido ya constante hasta nuestros días. El profesor José Manuel Sevilla, catedrático en la propia Universidad de Sevilla, excelente conocedor de Giambattista Vico, explica con detalle este proceso que no ha tenido la atención merecida en las historias

de la filosofía española. Es este un proceso fundamental, pues si bien los antecedentes de la ciencia histórica venían de atrás, se consolida ahora el principio de racionalidad histórica que da lugar a tratados y narraciones, hacia mediados del XVIII, años en los que se continuaba reeditando la *Scienza nuova* de Vico, que contribuyó decisivamente a consolidar tanto la idea del hombre como despliegue cuanto su capacidad para influir en los procesos. Fue, por entonces, cuando Boturini publica su obra *Idea de una Historia General de la América Septentrional* (1746) a la que el profesor Sevilla dedica un apartado, para resaltar el significado que tuvo esta historia, «trufada de teorías viquianas» de quien fuera cronista de Indias.

El paso a una «filosofía de la historia» sustentada en la capacidad que el hombre tiene para mejorar era inevitable. El profesor Sevilla sitúa en este apartado la figura de Forner a quien dedica un detallado estudio. Quedaría el último paso que vendría realmente casi un siglo después: de la Filosofía de la Historia al nacimiento de la Sociología tal como la entendió Manuel Sales y Ferré. En el entretanto la recepción del krausismo y la deriva hacia el institucionismo como paso previo a la consolidación de las ciencias sociales que no renunciaban al marco de esa racionalidad histórica heredada.

Del paso del XVIII al XIX se ocupa el profesor Francisco Castilla, catedrático de la Universidad de Alcalá. Periodo de crisis, de agotamiento del modelo dominante durante el reinado de Carlos III, dedica un primer apartado a analizar el signo de esa crisis y el papel jugado por dos figuras fundamentales: Jovellanos y León de Arroyal quienes afrontaron las causas de lo ocurrido al norte de los Pirineos y propusieron las soluciones para la estabilidad de la monarquía.

El segundo apartado lo dedica a las relaciones complejas que se establecieron entre liberales y afrancesados enfrentados al sistema político que habría de regir tras la invasión napoleónica. La conversión de los afrancesados en liberales la personifica en la figura de Francisco Martínez Marina a quien dedica un detallado estudio, seguramente por su aprecio a los estudios basados en la tradición desde las Cortes medievales y el origen de la monarquía como base legitimación de las propias Cortes. Es conocida la suerte que corrieron estos liberales tras el Trienio y su refugio en el moderantismo.

Al otro lado estaban los absolutistas, los llamados «serviles» a los que el profesor Castilla dedica el tercero de los apartados del capítulo. Con la exposición de los principales nombres y obras, analiza sus bases filosóficas y su defensa del Antiguo Régimen que supondría una involución y retrasaría la instauración de una monarquía parlamentaria y, si bien luego fueron modulando sus posiciones, condicionaron el desarrollo del pensamiento liberal que, al verse sobrepasado por ideas republicanas y socialistas, se refugiarían en el conservadurismo.

«Filosofía en tiempos de Romanticismo» es el capítulo que desarrolla el profesor de la Universidad Ramón Llull, Ignasi Roviró. Con frecuencia este periodo ha recibido un trato muy leve en las historias de la filosofía española al quedar vinculado como un periodo dominado por la literatura, por la imagen de España transmitida por los viajeros y cierta identificación de lo romántico como «imago de España», cuestión que aborda el profesor Roviró. Era, pues, obligado dedicar un largo apartado a responder a la pregunta «¿Qué fue el Romanticismo?» Cuáles fueron los autores y obras que desarrollaron una mentalidad que sobrepasaba la idea de una escuela filosófica, está tratado con detalle en relación con los procesos europeos que fueron conformando una cosmovisión en la que se mezclaron «nuevas visiones de la intimidad, grandes pasiones y, al tiempo, nuevos intereses filosóficos, religiosos y nuevas actitudes epistemológicas» que se resumen en las ideas de «unidad, diacronía y belleza». En cada una de ellas se estudian los principales autores y obras, así como el desarrollo de medios de difusión facilitan la «socialización como debate».

La parte final, extensa, está dedicada al análisis de las principales ideas y de los principales autores cuya proyección se extiende a la «Escuela del sentido común», al «krausismo» y al «espiritualismo cristiano». Todas estas ideas tendrían enorme influencia en la propia filosofía, pero, no menos, en la cultura, en fenómenos como la *Reinaixença catalana* y en la reformulación del pensamiento liberal hasta el paso del siglo XIX al XX.

Las últimas décadas del siglo XIX, a partir de la recepción del positivismo y su influencia en la filosofía, en las ciencias sociales y naturales, son estudiadas por Fernando Hermida, profesor de la Universidad Autónoma de Madrid. Ningún ámbito de la cultura, desde luego las ciencias, directamente concernidas, quedó ajeno al debate como lo fueron la educación, la literatura, el derecho, la moral y la religión. Así fue reformulado por Gumersindo de Azcárate en los resúmenes que publicó de las sesiones dedicadas a este asunto en el Ateneo de Madrid. Y lo propio hizo Pedro Estasén en el Ateneo barcelonés cuyo ciclo de conferencias hubo de ser clausurado. Con razón califica el profesor Hermida de «conflictiva» esta recepción pues chocaba con las doctrinas más tradicionales defendidas por la Iglesia Católica tras el Concilio Vaticano I. Sin embargo, los efectos positivos se mostraron en la consolidación de la Psicología, de la Antropología y de la Sociología, por un lado; por otro, en el desarrollo de las ciencias naturales (Geología, Entomología, Biología, etc.), en la recepción del darwinismo y en el fuerte impulso que recibió la medicina que tiene en Cajal a la figura señera, precedida por una generación y continuada por discípulos más que notables. Son bien conocidos los efectos en la reforma educativa, así como en la renovación de la estética a partir de la Generación de 1868.

Pero, también, en el movimiento «regeneracionista» que el profesor Hermida ha estudiado con detenimiento y que tuvo influencia en todos los campos de la cultura y de la política con resultados inciertos.

El profesor Stephen Roberts que ejerce en la Universidad inglesa de Nottingham es reconocido especialista de la generación de los nacidos al llegar la Restauración canovista tras el Sexenio. Constituyen la generación que se conoce como del «fin de siglo» o con otras denominaciones. Fueron un grupo de escritores que dialogaron críticamente con la filosofía moderna y no dudaron en crear formas de escritura nuevas. A este punto dedica el profesor Roberts la primera parte a la que sigue una reflexión sobre una cuestión importante: el nacimiento del intelectual moderno impulsado por las circunstancias que ahí se estudian y que vendría simbolizada por la omnipresente figura de Miguel de Unamuno.

Mas esta generación tuvo una dimensión hispanoamericana y forma parte del movimiento «modernista». Tanto Unamuno como Valle Inclán y otros mantuvieron excelentes contactos con intelectuales americanos creando una red de relaciones que trataba de marcar el espacio cultural del mundo latino frente al de lengua inglesa. El resurgimiento de los nacionalismos y, no menor, el impulso del imperio inglés estaba al fondo. Lógicamente, el contrapunto era la reflexión del «problema de España» en la conocida como crisis del 98. Esta situación terminó envolviendo a estos escritores en la controversia. Mas, como concluye el profesor Roberts, parafraseando a Unamuno en una de sus referencias a Hispanoamérica, «los miembros de esta generación no fueron tanto decadentes como incipientes». Seguramente sea esta visión de Hispanoamérica una de las aportaciones menos subrayadas que, sin embargo, queda muy de manifiesto en este capítulo.

Precisamente de las consecuencias de la crisis de la guerra de Cuba parte el capítulo del profesor Francisco José Martín para explicar las bases sobre las que se construyó la generación siguiente, la conocida como del 14, que encontró en el protagonista cervantino el gozne con que superar a la anterior.

Sabemos que la figura de José Ortega y Gasset capitalizó en buena medida los valores de este grupo, aunque había otros nombres de primer nivel, todos ellos dispuestos a la renovación en todos los campos del saber, desde las ciencias hasta las artes, y desde la política hasta las demás actividades de la vida. A las fuertes experiencias que se vieron obligados a afrontar, desde la primera gran guerra y la revolución rusa, hasta la dictadura de Primo de Rivera, la República y la propia guerra española, trataron de oponer la solidez de un pensamiento traducido en un proyecto pedagógico que se asentaba en la renovación científica y en la renovación social.

Francisco José Martín dedica un largo apartado a señalar las aportaciones de los principales protagonistas de esta generación y un epígrafe al que llama «orteguismo como `koiné`» que habría terminado impregnando un estilo generacional. La creación de proyectos editoriales, revistas y periódicos propusieron una renovación del lenguaje que trató de crear «un espacio de reflexión». De la potencia intelectual de sus componentes da cuenta detallada este capítulo sin olvidar la experiencia con la que hubieron de enfrentarse: un final de derrota militar y exilio, que no de fracaso como se sugiere, con buenas razones, en las palabras finales del profesor Francisco José Martín.

Y justamente en esa «ruptura» es donde comienza su capítulo el Gerardo Bolado, profesor en la Universidad de Cantabria, dedicado a lo que en Filosofía se desarrolla en la España interior sobre la dispersión de quienes habían comenzado a componer la «Escuela de Madrid». Como señala el profesor Bolado, «entre 1940 y 1945 la sección de Filosofía de la Universidad de Madrid experimentó un proceso de transformación que la convirtió en el centro de la filosofía escolástica oficial», reforzada con instituciones de nueva creación que fueron marginando los ecos que habían quedado del orteguismo (1946- 1950). El capítulo estudia con detenimiento los nombres que dieron lugar a este giro, las leyes que lo apoyaron, planes de estudio, asignaturas y libros de texto.

Los comienzos de los cincuenta supusieron una cierta corrección a esta orientación con la incorporación de nombres nuevos, el nombramiento de Ruiz-Giménez al frente del Ministerio de Educación y la fundación de revistas que difundían el pensamiento en la periferia de las propias cátedras universitarias. De todo este proceso se da cuenta minuciosamente en un largo epígrafe que ofrece información imprescindible para corregir la imagen de monolitismo que habitualmente se proyecta sobre estas décadas. Se fue así preparando una transición filosófica, que era ya manifiesta en la década de los sesenta con traducciones de autores europeos y la difusión más extendida de filosofías plurales, que se vio reforzada por los primeros contactos con intelectuales del exilio.

Es bien conocido el éxodo producido al final de la guerra civil. Tanto por millares de españoles que se vieron obligados a cruzar la frontera como por la relevancia de los intelectuales que habían llegado a conformar la que se conoce como «Edad de Plata»: científicos, escritores, artistas y filósofos de los principales grupos existentes en los años treinta: Madrid y Barcelona. A estudiar todo este complejo grupo de personas y trazar algunas líneas que nos permitan leerlos con una cierta unidad dedica un capítulo la profesora Elena Trapanese de la Universidad Autónoma de Madrid.

Convenía no olvidar que no era el primero de los exilios y que esta experiencia repetida había llegado a tener una dimensión existencial. Sin embargo y debido a las circunstancias en que se produjo la salida, principalmente a finales de enero de 1939, agudizó esta experiencia que es analizada con cuidado en el capítulo. Quiénes fueron y cómo salieron, qué organismos apoyaron la salida y dónde fueron, se explica con detalle.

Mas el núcleo del capítulo se dedica a mostrar cómo estos pensadores reflexionaron sobre su exilio, sobre España y su pasado, muy presente en la obra de María Zambrano y, sobre todo, cómo se plantearon nuevos modelos de racionalidad que han tenido una gran proyección en la revisión de la modernidad. Finalmente, la construcción de una «filosofía hispanoamericana», muy presente en autores, solo por citar alguno de los más importantes como Gaos, Nicol o Gallejos Rocafull en México, Ayala en el cono sur, a los que habríamos de sumar los que ejercieron en universidades estadounidenses. Como concluye la autora del capítulo: «La obra de los intelectuales españoles exiliados es reconocida como parte de la cultura de los países en los que fueron acogidos», como ha quedado probado sobre todo a partir de los congresos que conmemoraron el sexagésimo (1999) y el septuagésimo aniversario (2009) del exilio de 1939.

La historia es un proceso encadenado. Como fruto de lo planteado en los capítulos precedente, se fueron creando nuevas condiciones en España para una transformación a partir de los años sesenta: unas provenían de la recuperación de orientaciones anteriores a la guerra, principalmente el institucionismo; otras del diálogo con los pensadores del exilio, ya en el proceso de su temprana recuperación; y las más, del diálogo entre corrientes y autores iniciado en la España de aquellos años en contacto con movimientos europeos. Son los años que conocemos como de la transición y la consolidación de la España democrática. A este periodo, mitad de los sesenta hasta el cambio de siglo, dedica Roberto Albares, profesor en la Universidad de Salamanca su capítulo, fijando las etapas del proceso, realizando con un estudio detallado la recepción del krausoinstitucionismo hasta mostrar la consolidación de la historia de la filosofía española como un campo de conocimiento reconocido. El profesor Albares expone quiénes han sido los principales protagonistas y los proyectos institucionales que la han llevado a cabo. Sin duda, este proceso asienta los estudios de filosofía en el marco de unas relaciones que abarcan el mundo iberoamericano en diálogo con las corrientes europeas.

Mas una GUÍA tiene sentido cuando se ha recorrido un camino para continuar construyéndolo en el futuro. Por ello el profesor José Luis Villacañas, catedrático en la Universidad Complutense de Madrid, dedica el capítulo final a una sólida reflexión de carácter histo-

riográfico sobre las expectativas a que se ha de enfrentar el futuro más inmediato la filosofía española, en su contribución al proceso histórico de España en el marco de un mundo interrelacionado.

Su punto de partida es José Ortega y Gasset, su proyecto y las aspiraciones de sus discípulos más próximos; las consecuencias que tuvo la pérdida de su legado durante algunas décadas, que arrastró a la postración a los discípulos que más podían aportar, tanto en la España interior por las perversiones a que fue sometida toda esta escuela de pensamiento, como lógicamente por el exilio. Se fija el profesor Villacañas, sobre todo, en la figura de Zubiri y, por extensión, en la del jesuita Ignacio Ellacuría y su obra *Filosofía de la realidad histórica* que sitúa en lugar relevante para una futura reconstitución de la filosofía. De los pensadores del exilio, Gaos, por unas razones, y Zambrano, por otras, le parecen figuras irrenunciables; de la España interior los nombres que estudia en el epígrafe «La refundación de la filosofía española» y que formaron parte de la renovación producida a partir de los sesenta.

El epígrafe final «Expectativa» es una reflexión en la que José Luis Villacañas señala qué líneas, de las abiertas por Ortega y no desarrolladas suficientemente, por las razones que analiza en la parte central del capítulo, y sobre qué nombres de la tradición europea y americana («euromericana» la denomina) deberían fijar sus referentes, en el presente, la filosofía española. Razón vital, razón histórica y razón científica, incluidas la razón social y la estética, serían esos referentes ineludibles para José Luis Villacañas en las expectativas que debe cumplir la filosofía en España al comenzar esta tercera década del siglo XXI. En esas orientaciones teóricas se señalan nombres cuya obra y testimonio serían clave para el éxito de las mismas.

---

## Agradecimientos

Hace aproximadamente una década que la Editorial COMARES inició esta colección de GUÍAS con la dedicada a Xavier Zubiri que coordinó el profesor Juan Antonio Nicolás. Desde entonces se ha publicado una decena aproximadamente. Se suma ahora la dedicada a la *Historia de la Filosofía Española*, un proyecto complejo que ve la luz gracias a la colaboración de la propia editorial, del director de la colección y de un grupo de investigadores de probada trayectoria, pertenecientes a varias universidades españolas, a Portugal, Italia, Inglaterra y Alemania. Como coordinadores de este volumen mostramos nuestro agradecimiento tanto a Juan Antonio Nicolás como a la propia editorial por la confianza otorgada, así como por la libertad con que nos han permitido planificar el volumen.

Una obra de esta enjundia no hubiera sido posible sin la generosidad y la dedicación de los autores que, aun en circunstancias difíciles por las que hemos pasado en estos meses, han cumplido con creces con su compromiso y han aceptado de buen grado las sugerencias que permiten escribir un solo libro a varias manos. Sabemos que todos han hecho un esfuerzo grande para atenerse a las normas editoriales sobre extensión y la estructura de los capítulos, así como a la orientación que un libro como este exige, entre la investigación rigurosa y la transmisión clara de los conocimientos. A todos y cada uno nuestro enorme agradecimiento pues todos ellos aceptaron gustosamente el encargo. El equilibrio entre profesores más veteranos y otros más jóvenes adquiere la virtud de la herencia recibida y de la proyección que garantiza la continuidad

Finalmente, hay un agradecimiento más difuso, pero no menos intenso. Una obra como esta es deudora de muchas investigaciones, de mucho esfuerzo y de muchas personas a lo largo de años y, nos atreveríamos a decir, de siglos. Hay libros que tienen como finalidad dar cuenta de una parte significativa del conocimiento acumulado y crear

*Los coordinadores*

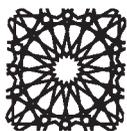
un breve recodo en el camino para seguir. A cuantos nombres son citados en este libro, de ayer, de antes de ayer y de siempre, también nuestro agradecimiento. Nuestra vida es mejor gracias a todos ellos. Es la historia de un trozo de la vieja Europa que llamamos España y que desea mirar en todas direcciones.

LOS COORDINADORES

Con seguridad el arquitecto Francisco de Inza Campos (1929-1976) acertó plenamente al referirse al sentido de la historia en los siguientes términos: «No existe un momento en la historia que se termine. Existe la continuidad de hechos, una continuidad de acciones y deseos. Existe una relación entre el pasado y el futuro que es la conciencia del presente. No hay presente sin raíces y futuro sin una conciencia de la historia». Imposible justificar mejor la necesidad de su estudio. Y, más concretamente aún, el que se refiere a la filosofía y su función de «conciencia de la historia». Más aún si nos referimos a la construcción de una realidad nacional. Fue esta necesidad la que impulsó diversas iniciativas que condujeron a iniciar una Historia de la Filosofía Española en el siglo XIX, continuadas luego en el siglo XX, no libres de polémicas en sus comienzos, hasta madurar en diversos proyectos desde mediados del pasado siglo. Esta GUÍA es heredera de los esfuerzos realizados, sobre todo en el último medio siglo, exenta ya de cualquier polémica y cuya finalidad es acompañar al lector en el largo recorrido desde el periodo tardomedieval hasta el presente sin olvidar una reflexión sobre el porvenir. A lo largo de diecisiete capítulos, obra de excelentes conocedores de cada uno de los periodos, se muestra la continuidad de los principales temas y autores que han construido el pensamiento filosófico español en el marco de sus relaciones europeas y americanas. Se completa con la necesaria información bibliográfica, incluidas las bases digitales en las cuales el estudioso tiene a su disposición las fuentes.

José Luis Mora García (1948). Profesor emérito de la Universidad Autónoma de Madrid. Ha impulsado la enseñanza e investigación del Pensamiento español e iberoamericano. Presidente de la Asociación de Hispanismo Filosófico (2004-2017). Recibió en 2015 el Reconocimiento de la Escuela de Altos Estudios de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Académico correspondiente de la Real Academia de Historia y Arte de San Quirce y de la Academia Iberoamericana de la Rábida (Huelva).

Antonio Heredia Soriano (1940). Catedrático de filosofía (jubilado) de la Universidad de Salamanca. En 1978 impulsó el *Seminario de Historia de la Filosofía Española*. Ha sido miembro asociado del Centre d'Histoire des Sciences et des Doctrines (C.N.R.S., París) y vicepresidente de la Asociación de Hispanismo Filosófico (Madrid). Ha recibido el premio «Georges Bastide y Medalla Fermat» de la Académie de Sciences et Belles Lettres de Toulouse (Francia) y el «María de Maeztu» a la excelencia científica de la Universidad de Salamanca. Es Académico correspondiente de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, Socio de honor de la Sociedad Argentina de Filosofía y de la Asociación de Hispanismo Filosófico. .



COMARES  
editorial

ISBN 978-84-1369-324-8



9 788413 693248